



ESCUELA DE CATEQUISTAS DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

“JESÚS Y LOS NIÑOS, EL MÉTODO CATEQUÉTICO”

4 de octubre de 2014

Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares

Encuentro de catequistas de la diócesis¹

Mirad, lo más importante cuando uno se dispone a una tarea, es saber cuál es el objetivo final al que se encamina. Si uno no sabe cuál es el objetivo final de esa tarea, corre el riesgo de hacer un esfuerzo inútil.

Eso nos pasa con más frecuencia de lo que creemos. Por ejemplo, el esfuerzo diario de la vida, del levantarse, del trabajar, del cansarse, del enfrentarse a los problemas y a los retos cotidianos... En todo este trajinar de nuestra vida, muchas veces nos sentimos perdidos por una razón muy sencilla: porque perdemos el norte, porque desconocemos u olvidamos el destino hacia el cual nos encaminamos. Y eso es realmente dramático, porque entonces todo pierde su sentido.

También es dramático que en la catequesis muchas veces no tengamos claro cuál es el objetivo. Luego será más o menos difícil, sabremos o no... Pero lo primero es saber qué objetivo tenemos.

¿Y cuál es el objetivo de la catequesis?: Poner a los niños en relación personal con Cristo, llevarles y conducirles a la comunión con él. Debemos tener claro esto. Nuestro objetivo, cuando nos ponemos a dar catequesis a los niños, es que lleguen a tener una relación personal, verdadera, real y de comunión con Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

1. Esto no se consigue solo por la catequesis. Hay dos acciones de la Iglesia que se aúnan y que permiten, entre las dos, alcanzar este fin: una es la catequesis, la otra es la liturgia.
2. Y esas acciones, catequesis y liturgia, son las de alguien que se dirige a alguien. Son acciones de la Iglesia, a través de uno o varios catequistas, con sus nombres, con su forma de ser, etc. y a través de un sacerdote, que se dirigen a alguien concreto, un niño, una niña, listo, menos listo, de Alcalá, de Torrejón...

La Iglesia no actúa sin rostro y no se dirige a niños sin rostro, sino que la Iglesia se hace visible a través de personas concretas y por ellas se

¹ Ofrecemos aquí una versión algo más extensa de lo que se dijo de viva voz en aquella ocasión.

dirige a personas concretas. Y solo en la relación personal de estas personas con los niños, o los jóvenes o los adultos, la Iglesia es capaz de llevarles a la comunión con Cristo.

Aunque no me voy a detener hoy a explicar cómo debe ser esta relación, quiero que esto quede bien claro: las relaciones humanas son esenciales para la transmisión de la fe. Uno recibe la fe apostólica de una o varias personas, puede que de muchas personas, pero siempre personas concretas.

Que esto sea así responde a cómo Dios ha querido acercarse a nosotros y darnos su salvación y hacernos partícipes de su vida divina. Lo ha hecho acercándose en la humanidad de su Hijo y haciéndonos hueco en su vida humana.

Veamos un pasaje del evangelio donde esto se muestra con claridad.

Está Juan Bautista con dos de sus discípulos y pasa Jesús. Juan les dice: «Ese es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Y los dos discípulos, que hasta ahora estaban con Juan, se van detrás de Jesús. Jesús se da cuenta de que hay dos que van detrás de él, se vuelve a ellos y les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos responden: «*Rabbi*, ¿dónde vives?». Y Jesús responde: «Venid y lo veréis». «Y ellos fueron y vieron y se quedaron».

«Lo que entonces sucedió, no es solo una metáfora: es exactamente lo que sucede hoy, aquí, ahora, a la manera como el sacrificio de la Cruz está presente en la Eucaristía, o como el perdón pascual de los pecados se realiza en toda buena confesión»².

Los dos discípulos primero estaban con Juan, y le importunarían en su soledad, pero estaban allí con él. Y luego Jesús les admite en su vida y están con él. Y Jesús, admitiendo a estos y a otros, se queda sin vida propia.

No tengo tiempo de desarrollarlo, pero este pasaje del Evangelio expresa el primer aspecto importante del método de la catequesis: admitir a alguien en tu compañía, sabiendo que quedas expropiado de tu vida.

Aunque no siempre en la misma medida y de la misma forma concreta, este es siempre el método de hacer cristianos, por el sencillo hecho de que nosotros somos la presencia en la historia de Cristo, somos parte de la humanidad de Cristo. Si nosotros, u otros cristianos, no hacemos hueco en nuestra vida a los niños, ellos no tendrán la posibilidad de conocer a Cristo, nunca podrán ser cristianos.

3. Repitamos y resumamos lo que llevamos dicho hasta ahora: tenemos ya cuál es el fin: llevar a los niños a la comunión con Cristo. Esto se hace en una relación personal que se establece entre la Iglesia y los niños. Y la Iglesia lo hace a través de dos acciones: de la liturgia y de la catequesis.

² HANS URS VON BALTHASAR, *Textos de Ejercicios Espirituales* (Bilbao - Maliaño 2009) 120

4. Sabiendo ya estas cosas, ¿qué debe hacer la catequesis? Si lo tenemos que resumir mucho y así poner el centro de atención en lo más importante, diríamos que la catequesis debe mostrar a Cristo. O, si lo queréis decir de otra forma: hablar de Cristo. De aquel Jesús que conocieron los apóstoles y del que ellos dieron testimonio.
5. Ahora, el testimonio de los apóstoles sobre Jesús lo encontramos sobre todo en dos documentos: por un lado, los cuatro Evangelios. Por otro, el “Símbolo”, el “Credo”, que rezamos cada domingo en la Misa. Tanto el “Apostólico”, como el “Nicenoconstantinopolitano” recoge el contenido fundamental de la fe de los apóstoles en Jesús: quién es, qué hizo y qué hace y qué esperamos de él.
6. El caso es que, si vamos a los Evangelios, entenderemos que ellos no se pueden entender sino en relación con el AT. Es así. Quizá a muchos os sorprenda y os parezca que el AT y los Evangelios son muy diversos, que muestran rostros muy diversos de Dios. No es verdad, eso solo obedece a una mirada superficial. El Evangelio solo se puede entender si se pone en relación con el AT. Hay un pasaje famoso del Evangelio de san Juan donde Jesús les dice a los judíos: «Escudriñad las Escrituras, porque ellas hablan de mí». Y al hablar de Escrituras, Jesús se está refiriendo a lo que nosotros hoy llamamos AT. Y por eso san Jerónimo llegó a decir que quien «desconoce las Escrituras —él también se refería al AT— desconoce a Cristo».

Así pues, las palabras y las acciones de Jesús que nos cuentan los Evangelios solo se pueden interpretar correctamente teniendo en cuenta el AT. Quien no quiera quedarse en la superficie de los hechos y de las palabras y quiera llegar a través de ellas al misterio de Cristo, hasta la verdad de Dios y del hombre, ha de leer los Evangelios teniendo en cuenta el conjunto del AT.

Un ejemplo, la famosa confesión de fe de Pedro: “Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo”. ¿Qué quiere decir Pedro con estas palabras? Solo atinaremos a saber lo que Pedro quiere decir si tenemos en cuenta lo que estas palabras significaban para un judío del tiempo de Jesús y eso lo conocemos por la historia del significado que esas palabras tienen en el AT. Los significados que, a lo largo de los siglos, va adquiriendo la palabra “mesías”, “cristo”.

Insisto: para interpretar los gestos y las palabras que vemos en los Evangelios necesitamos conocer el AT.

7. Pero ya que estamos con criterios de interpretación, antes de seguir con los Evangelios, vayamos al “Símbolo”. Antes os decía que el “Símbolo” o el “Credo”, tanto el llamado “Apostólico”, como el llamado “Nicenoconstantinopolitano” recoge el contenido fundamental de la fe de los apóstoles en Jesús: quién es, qué hizo, qué hace y qué esperamos de él. Pues bien, el Símbolo es otro criterio importante para interpretar los hechos y las palabras que aparecen en los evangelios. ¿Por qué? Porque todos tenemos experiencia de que los gestos y las palabras de una persona se pueden interpretar mal.

Un ejemplo tonto: resulta que nos levantamos por la mañana y le damos un beso a nuestro esposo o a nuestra esposa. Y él, o ella, interpreta: «¿Qué querrá pedirme, si casi nunca me da un beso cuando se despierta?» Y resulta que sencillamente nos hemos levantado de buen ánimo.

En los Evangelios también hay gestos y palabras que podrían interpretarse torcidamente. Ellos fueron escritos con una intención fundamental: transmitir la fe de los apóstoles en Jesús. Por eso, por ejemplo, san Juan dice al final de su evangelio: «Todas estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20,31). Y Lucas por su parte dice al principio: «Querido Teófilo: te escribo estas cosas para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido»; es decir, para afianzar su fe, la fe recibida, en último término, de los apóstoles. Los Evangelios nos muestran hechos y palabras que solo se pueden entender correctamente a través de los ojos de fe de los apóstoles, a través de su fe, esa fe que luego fue condensada y ordenada en los símbolos.

Para retomar el ejemplo de antes: si nuestro marido o nuestra esposa quiere salir de dudas sobre nuestra intención al darle un beso cuando nos despertamos, ¿qué tendrá que hacer?: Preguntarnos. Porque solo nosotros conocemos de verdad nuestra intención y el motivo de nuestro beso.

Lo mismo con los Evangelios: si queremos saber lo que los apóstoles querían mostrar al contar este o aquel hecho sobre Jesús, al recordar esta o aquella frase, debemos preguntarles a ellos. La forma de hacer eso es básicamente acudir, en primer lugar, al Símbolo. Por eso el Símbolo es básico en la catequesis y por eso el *Catecismo* es, en primer lugar, una explicación del Símbolo.

8. Recapitulando otra vez: En la catequesis debemos hablar de Jesús, tal como aparece en los Evangelios. Ya sabemos que para poder interpretar bien lo que allí leemos debemos conocer el AT y debemos conocer la fe de los apóstoles que se resume en los símbolos y que explica el CCE. Eso implica un esfuerzo de formación. Un catequista debe esforzarse en conocer lo mejor que pueda tanto lo uno como lo otro.
9. Pero ahora, nosotros, catequistas, nos disponemos a dar catequesis. ¿Qué tenemos que hacer?: Lo que tenemos que hacer es fundamentalmente hablar al niño de Jesús. Y para que los niños entiendan bien los gestos y las palabras de Jesús en los evangelios, tendremos que recurrir frecuentemente también al AT.
10. Ahora nos preguntamos un momento: ¿cómo hablar a los niños de la Escritura, sea del AT o de los Evangelios? Para responder a esta pregunta os voy a leer las palabras de un famoso y viejo catequista: San Juan Crisóstomo (+407). Él, siendo obispo de Antioquía, se dedicaba a la catequesis de los adultos y estos adultos, cuando ya eran cristianos y tenían hijos, daban ellos mismos la catequesis a sus hijos en casa. Pues bien, san Juan Crisóstomo les da este consejo a los padres:

- « Háblale apartándolo de todo tipo de niñería. Porque educas a un filósofo, a un atleta, a un ciudadano del cielo.
- Háblale y cuéntale: “Había hace mucho tiempo dos niños hijos de un mismo padre, dos hermanos [...]”.
- Y cuéntaselo en una sola tarde, mientras cenáis. Que la madre, a su vez, le relate las mismas cosas. Luego, cuando las haya oído a menudo, pídele: “Cuéntame la historia”, para que se pique en su amor propio. Y es entonces, una vez que haya retenido la historia, cuando le explicarás su moraleja [...].
- Pero no es esto solo. Llévalo también de la mano a la iglesia. Y apresúrate a llevarlo especialmente cuando se lea esta misma historia. Verás que está radiante de alegría, que da saltos y se regocija porque él sabe lo que todos ignoran, y se adelanta a la lectura, la reconoce y saca gran provecho. De ahora en adelante deposita el asunto en su memoria »³.

11. Quiero que os quedéis con una cosa: es muy importante que en la catequesis **les narremos** a los niños la historia bíblica. ¿Por qué? Porque en esa historia es donde Cristo se nos da a conocer. Nosotros queremos llevar a los niños al conocimiento de Cristo, a la amistad con él, a la comunión íntima con él. Pues la forma de darle a conocer es, en primer lugar, a través de la historia bíblica. **Y la historia se cuenta, se narra.** En la catequesis es muy importante la narración.

Es muy importante porque pedagógicamente es mucho más fácil captar la atención del niño contándole algo que no explicando verdades en abstracto.

Un ejemplo: Uno quiere explicar a los niños qué es el “dolor de los pecados”, para que sepan cómo tienen que confesarse. ¿Cómo es más fácil que los niños entiendan qué es el dolor de los pecados con el que ellos han de acercarse a la confesión? ¿Explicándoles sin más que el dolor de los pecados es un sentimiento o pena interior por haber ofendido a Dios; o contándoles antes la historia de la pecadora pública que llora a los pies de Jesús y obtiene su perdón?: La respuesta es clara.

12. Atención aquí. Porque nuestros métodos de catequesis cuando usan la Escritura, caen frecuentemente en un error: Resumir la historia. Este es el error. Y, cuando resumimos la historia, le quitamos su viveza, es decir, aquel carácter de lo real y de lo concreto que tiene capacidad para impactar en la imaginación, en la inteligencia, en la voluntad y en el afecto del niño.

³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *La Educación de los hijos y el matrimonio*, 39 - 41 (Biblioteca Patrística 39. Ciudad Nueva, Madrid 1997)

Volvamos al ejemplo anterior para explicarlo. Quiero explicar qué es el dolor de los pecados y, para eso, empiezo con la historia de la pecadora pública que llora a los pies de Jesús. Pero en lugar de narrar hago un resumen: «Había una mujer que era una pecadora pública, es decir, una gran pecadora. Y entonces una vez, sabiendo que Jesús estaba en una casa porque le habían invitado a cenar, entró y lloró a sus pies hasta lavárselos con sus lágrimas y secárselos con sus cabellos. Y entonces, ante el asombro de todos, Jesús perdonó sus pecados». Hemos resumido la historia, quizá por ahorrar tiempo. Es un error. Ahorrar tiempo resumiendo la historia bíblica es perderlo. Hemos perdido la viveza de lo real y el niño pronto olvidará lo que ha escuchado.

¿Qué tenemos que hacer, entonces?: Lo contrario. Ir a todos los detalles que nos sean posibles, para que el niño se imagine a la mujer y la sala y los sentimientos de uno y de otro. En este caso, dependiendo de la edad de los niños, les podremos decir o no con más o menos realismo, en qué consistía el pecado de la mujer. Pero de una forma u otra, debemos hacerles caer en la cuenta de que los pecados de esa mujer eran tan graves y tan públicos, que nadie la admitía en su compañía y en su amistad, que ningún judío normal la permitía entrar en su casa, que tampoco podía entrar en la sinagoga a rezar, que ningún judío hablaba con ella por la calle, ni la saludaba, etc. Luego hay que hacer que se imagine la escena, la costumbre que los judíos había copiado de griegos y romanos de comer recostados, al menos en las ocasiones importantes, y de cómo así los pies de los que comían quedaban hacia fuera de la mesa, levantados del suelo... Y luego, además, que Simón era un fariseo, y lo que eso significaba, etc. Y podríamos seguir y explicar por qué los invitados no solo se extrañan de que Jesús permita que le toque aquella mujer, sino que diga: «Tus pecados quedan perdonados»; podemos explicar lo que significa esa frase para un judío. Aquí, al entender y explicar esto, estamos ya poniendo en relación al hombre Jesús que vemos en la escena con el misterio trinitario. Ya podemos empezar a decirles que Jesús es uno con Dios y que en él «estaba Dios reconciliando el mundo consigo», con palabras de san Pablo.

13. Quiero traer justamente aquí las palabras de otro gran catequista, de san Agustín (+430): «no conviene mostrar tales hechos como entre velos para quitarlos inmediatamente de la vista; antes, al contrario, deteniéndonos en ellos algún tiempo, debemos exponerlos y desentrañarlos y ofrecerlos a la admiración de los oyentes para que los examinen y contemplen con atención»⁴.
14. En el relato pormenorizado de los pasajes bíblicos encontramos no solo el material vivo que es capaz de impresionar la imaginación, la inteligencia, la voluntad y el afecto de los niños, sino también el acceso al misterio de Dios. No es una mera historieta, sino que Dios se nos da a conocer y se

⁴ SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En Obras completas de san Agustín XXXIX. Ed. José Oroz Reta (BAC 499; Madrid 1988), 456

nos entrega en la humanidad de Cristo, y toda la Escritura nos ayuda a reconocerlo, a acogerlo y a penetrar en él.

15. Imagino que sabéis que san Ignacio de Loyola, en las meditaciones de sus *Ejercicios*, daba una gran importancia a la “composición de lugar”, es decir, el ejercicio de hacernos cargo de la situación concreta de cada escena del evangelio. Y esto es así por una razón: porque en esa escena se desenvuelve la real humanidad de Cristo. Y es en esa humanidad donde conocemos a Dios y recibimos de Dios sus dones:

«Siempre, según el libro de los *Ejercicios*, a través de la materialidad de una escena exterior, tenemos que interiorizar “la infinita suavidad y dulzura de la divinidad” (*Ej.*, 14) [...] El Dios de la Biblia quiere llegar a nosotros como el Dios que se hace hombre en la integridad de su ser humano, no solo en lo más íntimo de su yo»⁵ (=no solo en la esencia de su yo).

En la integridad de su ser hombre, en cada gesto, en cada palabra, es como llega a nosotros. ¿Por qué es esto así? Porque es un hombre de verdad. Porque Dios se ha hecho hombre de verdad y viene a nosotros y se nos da como hombre verdadero. Y un hombre de carne y hueso, ¿como entrega lo más íntimo de sí?: Lo entrega a través de toda su vida en la multitud de sus gestos y de sus palabras.

16. Por eso en la catequesis tenemos que prestar atención a todos los detalles concretos que nos muestra la Escritura, sobre todo a los detalles de la humanidad de Cristo.
- Debemos evitar, a toda costa, “generalizar” y hacer de cada paso del Evangelio un mero ejemplo de lo que queremos enseñar.
 - Porque nosotros enseñamos a Cristo, una persona, que no puede reducirse a una idea general.

Si alguien quisiera recordar a su padre muerto no se contentaría con unas pocas afirmaciones generales sobre su carácter, sobre la personalidad que tenía o sobre las motivaciones fundamentales de su vida. El recuerdo de un hijo, de un esposo, de un padre o de un amigo, no está hecho de afirmaciones generales, sino de los rasgos concretos de su apariencia física y de su cambio a lo largo del tiempo. Está hecho de sus acciones, de sus obras concretas, grandes y pequeñas, que fueron forjando su personalidad más íntima. Está hecho de sus palabras, dichos con un tono unas, con otro tono otras, acompañadas por un gesto de las manos o de la cabeza, con una determinada mirada... Y es que el hombre concreto no se contiene en una síntesis sobre su carácter, su forma de ser y el enunciado de los trabajos que ha tenido, por poner un ejemplo.

- Y Cristo es una persona real y viva, que se nos da en la humanidad que asumió de María. Solo se nos da ahí y solo en él tenemos acceso a Dios. De ahí la importancia que tiene que en la catequesis

⁵ HANS URS VON BALTHASAR, *Textos de Ejercicios Espirituales* (Bilbao - Maliaño 2009) 120

narremos y metamos al niño dentro de la historia y lo pongamos ante la humanidad de Jesús y hagamos que penetre en ella y en ella toque el misterio de Dios.

17. Recapitulemos otra vez: Tenemos una finalidad, que es llevar a los niños a la comunión con Cristo. Esto se hace en la relación humana que hombres concretos de la Iglesia establecen con los niños, dejándoles participar de su propia vida, haciéndoles hueco en su vida. En esta relación la Iglesia despliega dos acciones que son las imprescindibles para llevar a los niños a esta comunión: la liturgia y la catequesis. Nosotros nos centramos en la catequesis. Y decimos: ¿qué es lo más nuclear de lo que debemos hacer en cada catequesis?: Hablar a los niños de Jesús, de aquel que conocieron los apóstoles y del que ellos dieron testimonio. Siguiendo paso: ¿Dónde está este testimonio?: En los Evangelios y en el Símbolo. Cuando nos acercamos a los Evangelios debemos interpretarlos en relación con el AT y a la luz de la fe expresada en el Símbolo y que explica el *Catecismo*. Paso siguiente, es muy importante que utilicemos el relato y nos peguemos lo más posible a los detalles, por un motivo pedagógico: que el carácter vivo de la historia es capaz de impresionar en los niños; y por un motivo teológico: que Dios se ha querido dar a conocer y ofrecer los dones de la salvación en la humanidad concreta de su Hijo, esa que no se puede contener en unas pocas afirmaciones generales sobre él, sino que se expresa en cada gesto, en cada palabra...

A partir de aquí, sigamos adelante con nuestra exposición del método catequético.

18. Lo que he dicho sobre la atención a los relatos evangélicos y a los detalles de su vida, valdría para dar a conocer cualquier persona de la historia pasada. Queremos conocer, por ejemplo, al emperador Augusto, pues tendremos que intentar el mismo ejercicio a través de las fuentes históricas que nos hayan llegado de él.

Pero con Jesucristo hay una gran diferencia que juega a nuestro favor: que Él está vivo. Y no solo está vivo, sino que su humanidad, gloriosa ya en el cielo, sigue siendo accesible a los hombres. ¿Dónde? En la comunión de la Iglesia, que es una comunión en la verdad de la fe. En esta comunión de fe y en los sacramentos.

Y esto es genial para la catequesis y da a la catequesis una fuerza inusitada, si lo hacemos bien.

Retomemos el ejemplo que antes habíamos puesto sobre la catequesis de preparación a la confesión y cómo enseñar a los niños el perdón de los pecados. Contamos la historia, no resumiendo, sino mostrando los detalles particulares que son propios de algo real y vivo y así intentamos que el niño entre a través de su imaginación en la escena.

Ahora debemos hacer la afirmación de nuestra fe: «el mismo que perdonó a aquella mujer está vivo, quiere perdonarte a ti, porque también tú tienes pecados, estos o los de más allá, etc. Más aún por estos pecados, para poder perdonar los de aquella mujer y los míos y los tuyos... Pero al tercer día resucitó de entre los muertos y está vivo, realmente vivo. Está

vivo y presente aquí porque él dijo que donde dos o más se reuniesen en su nombre, allí estaría él en medio de ellos; porque él dijo también que quien creyese en él, él vendría a su alma y haría morada en él. Por tanto, el mismo que perdonó a aquella mujer está vivo y presente, vivo en medio de nosotros, que nos hemos reunido en su nombre, y vivo en el alma de quien le da fe.

Al decir estas cosas, estamos ofreciendo al niño que se una a la comunión de fe de la Iglesia, por la cual Cristo vivo está presente y habita realmente en el corazón de los fieles.

Y, si está vivo, y no es un mero personaje de la historia, y está presente, significa que podemos poner a los niños, uno a uno, frente a Cristo, frente al Cristo real que le hemos mostrado en el relato, para que ellos tengan que hacer algo. Este paso es fundamental en la catequesis. No basta meterles en la historia, hace falta que se den cuenta de que esa historia es actual, porque ellos están ante Cristo vivo, que les habla, y ellos tienen algo que hacer o decir ante él. Nosotros hemos de ayudarles a que tomen postura ante él.

En el ejemplo que estamos poniendo, hemos de ayudarles a que se postren rendidos a los pies de Jesús y supliquen perdón por sus faltas. Y nosotros no debemos reírnos de lo insignificantes que puedan ser sus faltas, sino tomarlas en serio, aunque luego les premiemos con una sonrisa sincera. Así hemos de conducirlos a la oración interior, al trato personal con Cristo y a la decisión sobre su propia vida.

Pero no queda ahí todo. He hablado de la presencia interior que da la comunión en la fe. Pero después de llevarles a la oración interior, toca llevarles o prepararles para el encuentro sacramental. En este caso, podemos tomar al niño “de la mano” —por usar las palabras de san Juan Crisóstomo— y llevarlo a la Iglesia, en uno u otro momento, y mostrarle el confesionario. Y decirles: “ahí se ha repetido muchas veces el pasaje de la pecadora pública...”. Y si pasa por allí el cura, se lo podemos hacer notar a los niños y decirles: a través del sacerdote, Cristo sigue perdonando, igual que el primer día; dentro de poco, también tú podrás acercarte a él a pedir perdón, etc.

19. Por tanto, debemos referir los niños a lo concreto: a lo concreto de la narración evangélica, a lo concreto de la oración personalísima entre él y Cristo en la intimidad de su alma; a lo concreto de la celebración sacramental. Y todo eso en el marco de una relación humana también con personas concretas: un grupo de amigos, el catequista, el cura, etc.

Con esto hemos descrito el método de la catequesis, que tiene que llegar a este último punto que hemos descrito: poner al niño ante Cristo, para que tome postura ante él, para que responda a Cristo vivo y presente.

Otra cosa distinta es el itinerario de la catequesis: por dónde podemos empezar un proceso y por dónde terminar. Pero eso es otro tema. Hoy he querido desarrollar el método catequético que se desprende de los Evangelios. Resumo por enésima vez:

Primero la finalidad: llevar a los niños a la relación viva, a la comunión con Cristo.

Luego los elementos del método:

- 1º. Una relación humana en la que la Iglesia toma un rostro concreto y se dirige a niños concretos y los hace sitio en su vida.
- 2º. Luego, dos acciones que la Iglesia debe desplegar en el marco de esa relación: la liturgia y la catequesis.
- 3º. Nos hemos centrado en la catequesis y hemos hablado de poner la atención en Cristo, de hablar de Cristo. Y de cómo para eso hemos de hacer mirar y escuchar los Evangelios, pero en relación con el AT e interpretados a la luz del Símbolo y del CCE.
- 4º. Después hemos dicho que este hablar de Cristo necesita pegarse a los textos, no resumir, sino narrar. Y cómo en la humanidad concreta de Cristo es donde conocemos a Dios y donde él nos da sus dones.
- 5º. Hemos dicho cómo hemos de llevar al niños de la narración del pasado a Cristo vivo y presente hoy en la Iglesia, tanto en sus propios corazones, como en la liturgia de los sacramentos y de cómo ante Cristo vivo, hemos de propiciar que los niños tomen postura ante él, que lo acojan, que le hablen, que le pidan perdón, que se decidan a seguirle, etc. Es decir, que se encuentren ante él tal como es en verdad, como alguien vivo que les ama y que les invita a su seguimiento.

*** **

Si me queda algo de tiempo, quiero volver a machacar sobre lo importante que es fijarnos en los detalles que nos muestran los Evangelios. No puedo desarrollar en una charla todos los puntos. Hoy toca este. Y querría volver sobre el mismo tema con un texto del beato J. H. Newman:

« La gente habla en general de la bondad de Dios, de su benevolencia, compasión y paciencia; pero piensan en ello como una especie de inundación que se vierte en todo el mundo, como la luz del sol, y no como la acción continuamente repetida de un ser inteligente y vivo que mira personalmente a quien visita y que hace exactamente lo que se propone. Por eso, cuando llegan los problemas, solo pueden decir: “Todo es para bien, Dios es bueno” y cosas semejantes; lo cual cae sobre ellos como una suerte de consuelo helado que no les conforta en su dolor porque no se han acostumbrado a sentir en su alma que Dios es un Dios misericordioso que nos mira a cada uno y no un mera providencia universal que se mueve por leyes generales.

[... Son] incapaces de dar un paso más y descubrir la gran verdad de que Dios ama, también individualmente [=a cada uno de forma “exclusiva”, de forma particular] a todos los hombres »⁶.

⁶ J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* III (Encuentro, Madrid 2009) 126

« Sería muy bueno que captáramos mejor esta necesidad. Lo normal ahora es tratar al Salvador del mundo de manera irreverente e irreal, como si fuera una idea o una visión; hablar de él como si solo supiéramos su nombre, aunque en la Escritura tenemos abundantes detalles [...], de sus gestos, palabras, hechos, donde fijar los ojos. Hasta que no captemos esto, hasta que no nos dejemos de vagas afirmaciones acerca de su amor, de su disposición a recibir a los pecadores, a proporcionar arrepentimiento y ayuda espiritual, cosas por el estilo y empecemos a verle a él en concreto, con sus palabras reales, las que constan en la Escritura, no habremos sacado del Evangelio el beneficio que nos ofrecen. Es más, quizá nuestra fe corra cierto peligro, porque si el pensamiento de Cristo no es más que una creación de nuestra mente, es de temer que, poco a poco, esa fe vaya cambiando o extinguiéndose, se pervierta o sea incompleta. Mientras que si contemplamos a Cristo tal como se nos revela en los Evangelios, el Cristo que existe ahí, externo a nuestra imaginación, y vemos que es un ser que vive realmente, que pasó realmente por la tierra como cualquiera de nosotros, al final creeremos en él con una convicción, una confianza y una integridad, tan indestructible como la creencia en nuestros propios sentidos⁷ [se refiere a lo que vemos y tocamos]. Para un cristiano, no es posible meditar en el Evangelio sin sentir, por encima de toda duda, que el sujeto de todo el Evangelio es Dios. Pero también se puede hablar de su amor de una manera vaga, y usar el nombre de Cristo sin caer de verdad en la cuenta de que Él es el Hijo viviente del Padre, o sin un anclaje para nuestra fe que nos fortifique contra el riesgo de un futuro abandono»⁸.

Llevemos esto a la catequesis: Es la llamada a fijarse, a hacer que los niños se fijen, no en una imagen hecha de afirmaciones generales sobre Cristo, sino a mirar sus palabras y sus gestos concretos, en cada instante, y a atender y considerar estos hechos y adquirir así una imagen real de la persona de Cristo, de su realidad concreta.

No se puede adquirir una imagen real y firme de Cristo, que esté a salvo de los vaivenes de nuestra imaginación o de nuestros estados de ánimo, contentándonos con hacer afirmaciones generales sobre su persona: “Cristo es bueno”, “Cristo es compasivo”, etc. Es necesario grabar una imagen real, es decir, la que está hecha de sus palabras y de sus gestos reales, de las palabras que dijo aquí y allá, en esta situación y en la otra, lo que hizo en uno y otro momento.

Nosotros tenemos la obligación de conocer los evangelios y de dar a conocer los evangelios en la catequesis, de guardar en la mente y en el corazón de los niños sus palabras y sus gestos. No podemos contentarnos con decir: «Ya sabe que Dios es

⁷ Desarrolla mejor la idea de la fuerza de la imagen de Cristo grabada en el corazón y en la mente de los cristianos en el último capítulo de *Grammar of Assent*, cuando se pregunta justamente por el origen de la fuerza que impulsó a los primeros cristianos a evangelizar y transformar su mundo, enfrentándose incluso con la muerte.

⁸ NEWMAN, *Sermones Parroquiales* III, 137

misericordioso, y las múltiples escenas que aparecen en el Evangelio son ejemplos de ello. ¿Para qué narrar más? Contado uno, conocidos todos».

No. Si queremos que los niños tengan un conocimiento real de Cristo, que su corazón y su mente pueda abrazarse a una imagen sólida de Cristo, que no se desvanezca como humo cuando nos llegue el sufrimiento o la duda, debemos esforzarnos por hacer notar cada gesto y cada palabra: «lo guardaba todo en su corazón».

*** **

Por último quería hacer una llamada a la esperanza y a la oración por los niños.

LLAMADA A LA ESPERANZA:

Dios llama a los niños. No os quepa duda. Está llamándolos mucho antes de que aparezcan ante vosotros. Aunque ellos no se hayan dado cuenta, Dios les está llamando desde el principio. Aunque en su casa nadie les haya hablado de Dios ni de Jesucristo, aunque no les hayan enseñado la más mínima oración, aunque todo lo que les hubiesen enseñado fuese una imagen torcida y deformada de Dios, en cuanto vosotros empecéis a presentarles ante los ojos el verdadero rostro de Dios, ellos, sin darse cuenta, podrán identificar ese rostro verdadero con una intuición que todo niño tiene de una presencia divina en él. Puede que el niño no sepa identificar qué presencia es esa. Puede que, si escucha la palabra "Dios" no identifique esta palabra y lo que le dicen de él con esa sutil, pero verdadera presencia. Pero en cuanto alguien dibuje ante él el rostro del Dios vivo y verdadero que muestran las Escrituras, el niño podrá identificar inmediatamente al Dios que le presentáis con la presencia intuida desde el principio en su interior. Entonces, el niño hará suya esa imagen como la de algo verdaderamente real que tiene que ver muy íntimamente con él. Todo eso, aunque el niño no sea consciente de este proceso. Tampoco es consciente de que respira, y no deja de hacerlo.

Y esto es así porque Dios «ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9). Lo hace desde el principio, a través de las cosas creadas y a través de la conciencia. Y el que deja oír esta voz "natural" en el hombre, es el mismo que le llega por medio de la Revelación, que le llega al niño con la Iglesia, es decir, con vosotros.

Así pues, tened confianza en la acción de Dios que os precede y sed audaces. Además, Dios suele acomodarse a las gentes de la Iglesia que cooperan y ayudan en el proceso de la evangelización⁹.

⁹ Cf. BALTHASAR, *Textos de Ejercicios Espirituales*, 122

Así pues, catequizad con esperanza y con alegría, dándoos a vosotros mismos. Porque «Dios ama al que da con alegría» Y la transmisión de la fe es el acto supremo de amor al prójimo. Y la fe no se da sino con la entrega de uno mismo. Pero sabemos que al hacerlo así, al entregar nuestras pobres y pequeñas personas, entregamos algo más que nuestra pobreza. Nos entregamos a nosotros, pero al tiempo entregamos algo más grande que nosotros: entregamos la vida de Dios y el amor de Dios, a Dios mismo.

Dad, pues, con esperanza y con alegría.

LLAMADA A LA ORACIÓN POR LOS NIÑOS

Entregar la fe, dar a Dios es una acción sobrenatural, aunque la hagamos nosotros, que somos hombres, aunque hombres tocados por la gracia divina. El caso es que esta acción sobrenatural requiere también medios sobrenaturales: la oración de intercesión para la catequesis. La oración, la limosna, el sacrificio.

¡Esto es una acción sobrenatural! Y nuestras principales armas son las sobrenaturales.

San Agustín decía hablando de los catecúmenos:

« Cuando su estado de ánimo permanece oscuro a nuestros ojos, debemos intentar con las palabras todo cuanto pueda servir para despertarlo y, como si dijéramos, para sacarlo de sus escondrijos. Incluso el excesivo temor que le impide expresar su propia opinión debe ser suprimido por una cariñosa exhortación, e insinuándole la participación fraterna, debemos desterrar su vergüenza preguntándole si comprende, y se le debe inspirar plena confianza, a fin de que exprese libremente lo que tenga que exponer»¹⁰.

El fin de estas indicaciones es saber si tal estado se debe a la timidez o a que no llega a entender nuestro discurso, o que escucha lo que ya conoce y entonces se aburre, etc., para así ajustar nuestra exposición su situación mental.

Y sigue enseñando: «Pero si el oyente es demasiado obtuso, insensible y refractario a esta clase de delicadezas, debemos soportarlo con misericordia... Y deberemos decir muchas cosas, pero más a Dios sobre él que a él acerca de Dios ».

¹⁰ AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus.*, 482